

In Memoriam

EUSEBIO GIL CORIA, S.J.
Facultad de Teología
UPCo (Madrid)

PROFESOR JUAN BAUTISTA VALERO AGÚNDEZ

Con sesenta y seis años de edad, y en la plenitud de su labor intelectual y académica, dejaba Juan Bautista Valero esta vida, y la dejaba discretamente. Hasta sus últimas horas mantuvo la reservada sobriedad que imprimía a todas sus decisiones más personales. Siempre cordialmente atento y agradecido a quienes le visitaban, pero sin ningún gesto de más que pusiera énfasis y orientara la atención sólo hacia sí mismo. Esa su contención que matizaba toda su conducta agrandaba la densidad de su presencia, y hace ahora también más densa su ausencia.

Juan Bautista Valero había nacido el 24 de junio de 1932 en Santervás de Campos, un pueblo de la provincia de Valladolid, no lejos de Sahagún, cuyo monasterio ejerció su influjo espiritual sobre este pueblo castellano, en el que la iglesia parroquial aún recuerda el priorato que el monasterio de Sahagún tuvo en Santervás. El 26 de septiembre de 1949 Juan Bautista ingresaba en el Noviciado de la Compañía de Jesús en Orduña (Vizcaya). Después de tres años de estudios clásicos, co-

mienza los de Filosofía, licenciándose en 1957. Estudia Teología en la Facultad de Teología de la Universidad de Innsbruck (Austria), donde en 1962 logra su licenciatura. La facultad de Teología contaba por entonces con profesores como los hermanos Hugo y Karl Rahner, J. A. Jungmanns o F. Lakner.

La etapa siguiente en la preparación intelectual y espiritual de Juan Bautista Valero se sitúa en Roma. Allí, en la Pontificia Universidad Gregoriana se matricula en la Facultad de Historia de la Iglesia el 30 de octubre de 1963. Son años en los que sobresalen aún en la Facultad figuras como Ricardo García Villoslada, Vicente Monachino, L. Martínez Fazlo, E. Kirschbaum, I. Ortiz de Urbina, Antonio Orbe. Bajo la dirección de Monachino hace el trabajo escrito de investigación para la Licenciatura: «Las Actas martiriales de San Cipriano de Cartago». Al curso siguiente comienza los cursos de doctorado en la misma Facultad. Elige el tema de trabajo para la obtención del Doctorado, un estudio histórico dogmático sobre Pelagio, bajo la dirección del profesor Antonio Orbe.

El curso 1967-68 marca el comienzo de la actividad docente de Juan Bautista Valero. Coincide con el traslado de la Facultad de Teología de Comillas (Cantabria) a Madrid. Son años, los primeros, en los que el entusiasmo y la generosidad desbordan las posibilidades materiales de acción, dada la provisionalidad de las instalaciones y la insuficiencia de medios. A ello se añaden las dificultades nacidas de la situación social y política del momento. Traslados de unos modos de vida y unos hábitos de estudio que se desarrollaron en ámbito cerrado, los alumnos se vieron inmersos de repente en el universo de la gran ciudad, y en unos años en que, en la sociedad española, se entrecruzan ideas, proyectos, movimientos y programas de acción, en medio de una atmósfera social y política borrascosa. Todas las universidades europeas se veían, en aquellos años, sacudidas más que nunca por la insatisfacción y la rebeldía de los estudiantes. Las nuevas generaciones creían descifrar las señales que les indicaban estar al alcance de sus manos la ocasión de imaginar y construir, desde los mismos cimientos, una sociedad nueva, una vez destruida la sociedad heredada de sus padres. Los universitarios de Madrid se sumaban a estos movimientos con una ilusión añadida: la de ser protagonistas en la tarea por demoler el edificio político nacido en la guerra civil, que mostraba ya las señales de su decadencia. Todas estas ilusiones y esperanzas tenían necesariamente que entusiasmar a los estudiantes de Comillas. Donde más eco encontraron fue en la Facultad de Teología, en la que, a la vez, actuaban con

fuerza los primeros signos de los cambios violentos dentro del mundo eclesial. En noviembre de 1971, los representantes de los alumnos de teología presentaron unas propuestas a la Junta de Facultad. No fueron admitidas, y los alumnos se declararon en huelga. Durante todo el curso 1971-72 la actividad académica se vio seriamente alterada y dificultada por el conflicto. Juan Bautista Valero, quien desde su llegada a Madrid formaba parte del equipo de formadores del Colegio Mayor, se vio en el centro de la refriega. Elegido para integrar el Grupo de Trabajo que asesoraba al Delegado del Gran Canciller para la solución del conflicto, supo aportar dosis de sensatez, con su capacidad de asumir los juicios y opiniones de los demás, con su sentido de equidad, unido a su entereza y con su tenaz empeño en la tarea, lejos de todo afán de protagonismo.

El curso 1972-73, superados todos los conflictos, comenzaba con un proyecto y una programación renovados y en la nueva y definitiva sede de Cantoblanco. En ese mismo curso, como una de las especialidades de la licenciatura en Teología, Juan Bautista Valero organiza, y prácticamente crea, el Departamento de Historia de la Iglesia dentro de la Facultad de Teología. De él será director hasta 1986. A partir también de 1972, su docencia se centra en la Historia de la Iglesia Antigua y en la Patrología, campos estos a la vez que de su docencia, de su investigación. En el quinquenio 1975 a 1980 se consolida su figura intelectual y académica. En esos años da cima al que fue su trabajo de tesis doctoral. Asiste al Congreso de la Comisión Internacional de Historia Eclesiástica Comparada tenido en Lublin y Varsovia del 23 de junio al 3 de julio de 1978, donde presentó una comunicación: «Las transformaciones subsiguientes al Concilio de Elvira». En ese mismo año recibe una beca para un semestre de estudios en el Max-Planck-Institut für Geschichte en Gottingen. Allí trabajará, desde febrero a septiembre de 1979, interesándose sobre todo en los nuevos modos de investigación histórica y en la relación de los escritores germanos de la Alta Edad Media con la literatura de la primera Patrística. Al final de ese mismo año, el 15 de diciembre, defendía su tesis doctoral en la Facultad de Historia de la Iglesia de la Pontificia Universidad Gregoriana: *Las bases antropológicas de Pelagio en su tratado de las Exposiciones*. Obtenía la máxima calificación, por lo que el 11 de noviembre de 1980 le sería concedida la Medalla Pontificia a la mejor tesis doctoral del año. En carta privada, su Director el profesor Antonio Orbe le habla confiado: «Para mí es un triunfo agregar a mis tesis la suya, madura, de tema vigoroso y difícil, trampolín obligado para quien en el futuro desee adentrarse en la his-

toria del pelagianismo.» Juicios que un año más tarde, publicada su tesis, refrendan, en su recensión de la obra, nombres como H. J. Sieben o A. Vanneste. De abril a septiembre de 1980, Juan Bautista Valero vuelve al Max-Planck-Institut de Gottingen para un nuevo semestre de investigación.

Los doce años que corren entre 1981 y 1992 serán el período de la máxima actividad de Juan Bautista Valero. En su currículum académico consta su nombramiento de Profesor Agregado en el año 1982. En su actividad docente comienza en estos años los dos cursos del segundo ciclo de especialidad. El primero, «Historia de la Iglesia Hispano-romana», lo comienza a impartir en el curso 1981-82, y el segundo, el curso «Historia de la Espiritualidad Patrística», comienza a darlo en el curso 1982-83. Continuó además impartiendo, en el mismo ciclo y en años alternos, el curso de «Síntesis de Historia de la Iglesia Antigua», curso que desarrollaba ya desde 1975. Son estos cursos y el de «Historia de los Dogmas», junto con los cursos de seminario, los que dan mejor cuenta de las dotes de historiador y de teólogo del profesor Juan Bautista Valero. En ellos aparece condensado todo su saber, conocimientos y comprensión a la vez, acerca de los primeros siglos del cristianismo. Es esa medida compenetración de conocimientos y comprensión lo que caracterizaba el discurso escrito, como caracterizaba el oral, de Juan Bautista Valero. Sin sobresaltos y sin fatiga fluye la narración, apareciendo ante el lector los sucesos y personajes dentro de un ámbito ordenado, en el que cada detalle ofrece su significado por referencia a un todo que le da sentido. La primera sensación ante la prosa de Juan Bautista Valero es la de claridad. Un estilo diáfano que ayuda y anima a proseguir la lectura, y un pensamiento que se expresa con seguridad, pero dejando potencia de que es consciente de los propios límites. Un «quizá» o un «tal vez» matizan el grado de certeza de una conclusión, al final de un minucioso estudio de hechos e ideas que, tal como están expuestos en su concatenación y coherencia lógica, llevarían a alguien menos avisado a una afirmación o negación menos matizada. La fuerza de Juan Bautista Valero, cuando se enfrenta a un texto, reside en que usa su capacidad analítica no como un escalpelo con el que separar las partes, revisarlas y ajustarlas de nuevo para recomponer el todo, sino que consiste en una mirada a la vez penetrante y contemplativa, sabiendo que un texto no es un mero objeto, sino un lugar de encuentro donde el pasado vive en el presente y se ofrece a un diálogo. Esto indica que dominaba con seguridad el campo de su trabajo, lo que suponía aunar un acervo grande de conocimientos y un sentido de orientación, medida y peso de los mis-

mos, todo ello adquirido en el ejercicio de la disciplina del pensamiento. Así pudo cumplir el viejo adagio que se dice del buen discurso: *non multa sed multum*. Características que puso de manifiesto de manera especial en los pocos pero excelentes trabajos especializados que publicó. Baste citar «El estoicismo de Pelagio», publicado en *Estudios Eclesiásticos*, número enero-marzo de 1982, o el publicado en la misma revista en abril-junio de 1990, el excelente estudio «Pecar en Adán según el Ambrosiaster». Pero esas mismas características se dan en trabajos escritos para un círculo de lectores más amplio, como «Martirio y libertad en la Iglesia primitiva», publicado en *Communio* de marzo-abril de 1987, o «Pobres y ricos en la Iglesia primitiva», en *XX Siglos*, número 7 de 1991. La fecundidad de esta su labor se muestra en el escogido grupo de alumnos que le cuentan como maestro, a los que supo iniciar y orientar en el trabajo de historiadores, y con los que le siguieron uniendo lazos de afecto a él como maestro, pero sobre todo los de sentir que contaban siempre con su cálida y acogedora amistad, poco expresiva y por eso honda.

De este período data también su estancia en Israel, del 16 al 23 de marzo de 1983, invitado por el Gobierno de esa nación, representando a la Facultad de Teología de la Universidad Comillas. De octubre de ese año a marzo de 1984 imparte un curso de Historia de la Iglesia como profesor invitado en la Facultad de Teología de Belo Horizonte (Brasil), curso que repetiría dos años más tarde. También impartió cursos durante tres trimestres en el Estudio Teológico de Las Palmas. En 1987 es elegido para el Consejo de Redacción de la revista *Estudios Eclesiásticos*. El período se cierra con el nombramiento de Profesor Propio Ordinario el 15 de abril de 1992.

El 14 de septiembre de 1992 abre para Juan Bautista Valero un nuevo campo de actividad en el que desplegará con eficacia sus cualidades de organizador, gestor y director. Es nombrado, por el Rector Guillermo Rodríguez-Izquierdo, Bibliotecario General de la Universidad. Desde el primer momento el profesor Valero, rodeado de unos equipos de colaboradores bien preparados y entrenados, se marcó como objetivo reorganizar la Biblioteca, introduciendo como primer requisito la labor de informatizar todos sus fondos, optimizar así los medios de acceso por parte del usuario a la mayor y mejor información posible y asegurar el control de todo el movimiento que se genera en una biblioteca viva. Redistribuyó al mismo tiempo el espacio de oficinas y librería, buscando la mejor funcionalidad a la vez que el bienestar en el desempeño del trabajo. Por fin, emprendió la tarea de completar y corregir el fondo

tanto de libros como de publicaciones periódicas. Al cabo de seis años había logrado un servicio de biblioteca ágil y abierto, a través de Internet, a un círculo de usuarios potencialmente ilimitado.

La dedicación a la dirección de la biblioteca no supuso la interrupción de la labor docente e investigadora de Juan Bautista Valero. En el año 1993 publica el tomo primero del *Epistolario* de San Jerónimo, editado por la BAC, primera entrega de la edición crítica de las cartas de Jerónimo, seguida del volumen segundo en 1995. El último trabajo que dejó terminado es la «Introducción» a las obras de San Jerónimo, para la edición completa de las mismas en la BAC, y que aparecerá en fecha próxima en el primer tomo.

No hay que pasar por alto que el profesor Juan Bautista Valero era un religioso jesuita, y desde esta su figura es cómo hay que valorar en toda su dimensión su estatura humana y científica. Siempre se sintió un hombre en y de la Iglesia. Siempre vivió su especialidad en y desde lo que Georg Kretschmar llamó la «doble lealtad a la ciencia histórica y a la teología». Hacer Historia de la Iglesia era para él un cometido teológico. Era narrar la «hazaña» de Dios en medio de y a través de la reunión y comunión de la Iglesia a lo largo de los tiempos y, a la vez, desentrañar desde la Iglesia el sentido de la historia del mundo y de la humanidad. Un hacer historia de la Iglesia que tenía como meta una teología de la historia. Una tarea que la vivió como misión. Por eso nunca hizo de su trabajo de especialidad una labor de gabinete. Era un hombre apasionado por la vida. Y la vida eran, en primer lugar, los seres humanos que entraban en su existencia con nombre y rostro, y con nombre y rostro en ella permanecían. De ahí el amplio y variado círculo de personas en cuya vida siempre dejó huella el paso de Juan Bautista Valero, hasta el punto que podría hacerse su biografía con la narración de los encuentros de estas personas con él.

El profesor Juan Bautista Valero fue un hombre cuyo ámbito vital lo constituyó la Compañía de Jesús, que siempre la vivió como hermandad de amigos a quienes ha reunido el Señor para con Él trabajar por que «en todas las cosas Dios sea amado y servido». El lugar de expansión de su vida interior era la Compañía de Jesús, y ello desarrolló en él un rasgo definitorio de su fisonomía espiritual, la fidelidad entregada. Fidelidad que se mostró en la dedicación de lo mejor de su existencia a la Universidad Pontificia Comillas, con eficacia y eficiencia, empeñando toda su inteligencia y todo su corazón en el trabajo. Y seguramente, la mejor recompensa que tuvo ya en esta vida mortal fue que gozó con su tarea. Tenía un gusto especial por la obra bien hecha, porque poseía el don de

gozar el esplendor del orden, que al fin es intuición de ser. Por eso su estilo se movió siempre al margen de las corrientes más ruidosas y su discurso evitó las retóricas de moda. Intentó más bien, en el intercambio con quienes convivió y con quienes se encontraron con él, más que hablarles de Dios, mostrar en su propio obrar, en su saber estar y en su saber convivir, que Dios era bueno con él.